Núm. 9.



LA BATALLA DE LEPANTO.

ROMANCE HISTÓRICO.

I.

A tí patria me dirijo,
á tí mi querida patria;
oye mi pobre romance,
óyeme, pueblo de España:
óyeme, sí, que hoy mi lira
de laurel engalanada,
las glorias vá á recordarte
que en otro tiempo alcanzaras.
Hoy mi lira, patria mia,
á otros dias se traslada
para cantar tus proezas,
tus gloriosos hechos de armas,
tus continuadas victorias,
tus gigantescas batallas.
Hoy cantaré la gloriosa
que obtuviste allá en las aguas
de Lepanto; la mas grande
que á las huestes mahometanas
dejára materialmente
deshechas y trituradas.
Yo bien sé, patria querida,
que tus glorias fueron tantas,
que el laurel de la victoria
ornó todas tus batallas.
Hablen sino Covadonga,
en la que con gente escasa
venció Pelayo las huestes
numerosas musulmanas;
y siete siglos mas tarde
la rendicion de Granada.
Hablen San Quintin, Pavía,
Gravelines y Las Navas.
Hablen.... pero á qué cansarme,
si todos saben que España
fué siempre, siempre valiente,
fué siempre, siempre esforzada;
y que al escudarse humilde
en su ardiente fé cristiana,
debió al cielo que en sus lides
benévolo la amparara.

II.

Ya el siglo décimo cuarto
mas de su mitad pasara,
cuando Selim el Gran Turco,
que allá en Oriente reinaba,

por Mustafá aconsejado
en su avaricia insensata
pidióle un dia á Venecia
la isla de Chipre apreciada.
Venecia la dueña siendo
de la isla, negóse á darla;
mas Selim, no respetando
la propiedad qne es sagrada,
decidió segun consejo
de Mustafá, conquistarla.
Uluc-Alí mientras tanto
con una potente armada
penetrando por el golfo
de Venecia en las cercanas
riberas, cual el torrente
que se desborda, y arrasa
cnanto á su paso se opone
en su incontrastable marcha,
negro luto fué sembrando
por todas aquellas playas;
tan pronto llega á una aldea
y prende fuego á las casas,
y á sus pobres habitantes
los esclaviza ó los mata,
como vá por los sembrados
y las ricas mieses tala.
Es la tempestad terrible;
es el rayo que desgarra
el tronco de añosos árboles;
que Uluc-Alí por do pasa,
pasa tras de sí dejando
desolacion, luto y lágrimas.
Venecia ante estragos tales
la proteccion demandaba
de las naciones vecinas;
pronto socorrióla el Papa,
que en aquella sazon era
Pio Quinto el que reinaba,
mandándole diez galeras
en ausilio de su escuadra.
Mientras esto sucedia
las tropas mahometanas
de Selim ante Nicosia
sus reales asentaban.
No me detendré á contaros
los apuros que pasaran
los intrépidos guerreros
que defendian la plaza.
Selim sitióla por hambre,
y Nicosia estenuada
tuvo por fin que rendirse
á las enemigas armas.

. . . .

. . . .

Viendo el Papa qne los turcos
gran incremento tomaban,
á los príncipes cristianos
les dirigió una llamada,
á que Felipe Segundo
correspondió sin tardanza.
Entonces formóse en Roma
con Venecia y con España
para combatir infieles
una poderosa alianza;
una liga contra el turco
que se llamó liga santa.

. . . .

. . . .

Ya el año mil y quinientos
setenta y uno marchaba
hácia su fin; y en el puerto
de Mesina ya se hallaban
por aquel tiempo reunidas
casi todas las escuadras.
Llegaban de todas partes
galeras y galeazas,
unas conduciendo tropas,
otras provisiones y armas.
Tantos bajeles se vian
que todo el puerto llenaban,
y bien pudiera decirse
que desde épocas romanas
jamás habian pesado
de aquel mar sobre las agnas
á un mismo tiempo reunidos
tanto bajel, tropa tanta.
Ciento setenta galeras
perfectamente equipadas
bajo el mando del invicto
general D. Juan de Austria,
eran las representantes
del grande poder de España.
Doce seguian á éstas,
de Pio, con seis fragatas;
luego ciento treinta y cuatro
de las tropas venecianas.
Antes de hacerse á la vela
llegó un legado del Papa

portador de la noticia
de indulgencias y de gracias
para todos los aliados
como en tiempo de cruzada.
. . . .
. . . .
Por fin á la mar se dieron
al comenzar la mañana
del diez y seis de Setiembre,
en medio de la algazara
de las músicas sonoras
y el vuelo de las campanas.
. . . .
. . . .
Famagusta mientras tanto
por Uluc-Alí sitiada
resistir no pudo el choque
de las huestes musulmanas.
Un dia junto á su tienda
Uluc-Alí se encontraba
sentado con el orgullo
del que despótico manda,
cuando se llegó un soldado
y á respetuosa distancia
se detuvo:—«Un mensagero,
le dijo, que de la plaza
llega en este mismo instante
quiere hablaros sin tardanza.
—Que pase. A ver si se esplica
esa cobarde canalla.»
Casi al punto se presenta
un hombre ya de avanzada
edad, su rostro arrugado
y su cabeza ya cana.
—«Pasad aquí, mensagero.
—Soy el gefe de la plaza.
—Sentaos.
—No, no me siento.
—¿Qué quereis?
—Hablar con calma.
—¿Capitulais?
—Si es con honra
para las armas cristianas,
sí.
—Pues pasad á mi tienda,
y tened plena confianza.»
Y los dos sin mas testigos
que una mesa de campaña
y varias sillas, entraron
en la tienda capitana.
No trascurrió mucho tiempo
sin que ambos á dos firmaran
un pliego que contenia
claramente estipuladas
las bases de la honrosísima
capitulacion, pues trata
Bragadino, el buen anciano,
el de la cabeza cana,
que se respeten las vidas
y haciendas; mas ¡negra infamia!
despues cuando ya las tropas
del turco posesionadas
de Famagusta estuvieron,
faltando á la fé pactada
Uluc-Alí á Bragadino
y á otros gefes que allí estaban
entre suplicios horribles
la existencia les arranca.
. . . .
. . . .
La escuadra en tanto á Lepanto
buscando al turco marchaba.
Por fin el siete de Octubre
al comenzar la alborada
dos horas antes que el sol
sus rayos de oro mostrara,
de las cristianas galeras
levantáronse las anclas.
Ya estaban frente á la costa
de la deliciosa Albania
á la altura de las islas
Curzolares ó Equinadas
cuando las galeras turcas
distinguió una veneciana.
Don Juan mandó enarbolasen
la bandera sacrosanta
de la liga: un cañonazo
anunció que la batalla
iba á comenzarse pronto
reñida y encarnizada.

III.

Estaba el cielo sereno;
con dulzura el sol brillaba,
y reflejaban sus rayos
los aceros y las aguas,
los esplendentes escudos
y los yelmos deslumbraban
y en las popas de los barcos

inscripciones de oro y plata.
Todo se hallaba en silencio;
todo en aparente calma.
Cuando se encontraron cerca
frente á frente las armadas
Don Juan exhortó á los suyos
pronunciando estas palabras.
«Nobles y heróicos soldados
«de las naciones aliadas.
«Vosotros que siempre fuisteis
«valientes: los de la España
«nobles hijos: de Venecia
«fuertes guerreros: romanas
«huestes: á todos os hablo.
«Santa y noble es nuestra causa,
«no dejeis que nos pregunte
«esa morisma insensata
«¿por qué vuestro Dios os deja?
«decid ¿por qué no os ampara?
«Pelead con fé en su nombre
«que la victoria os aguarda.»
Nunca la fé verdadera
nunca queda defraudada.
Soplaba el viento contrario
para la flota cristiana;
cuando el cielo dió una muestra
de sus favores muy clara,
pues el viento de repente
cambió en direccion contraria.
¿No habeis visto con frecuencia
la tempestad, que con calma
vestida de negras nubes
muda y silenciosa avanza,
y luego rompiendo ronca
con fuerte bravura estalla
entre el horrísono trueno
y al huracan que rebrama?
Pues así las enemigas
silenciosas avanzaban
yendo á buscarse una á otra
con magestuosa pausa,
hasta que rompiendo el fuego
las galeras capitanas
en confusa gritería
chocaron las dos armadas,
del cañon al ronco estruendo
y al silbido de las balas.
Muy pronto se hizo el combate
una lucha encarnizada
en que los hombres reñian
cuerpo á cuerpo, cara á cara.
Chocaron primeramente
las galeras mahometanas
de Siroko entre el estruendo
de los gritos de batalla
con las heróicas galeras
que Barbarigo mandaba.
Astuto cual la serpiente
que por el suelo se arrastra
conocedor de la costa
Mahomed-Siroko trata
de envolver á Barbarigo
y á sus tropas denodadas;
mas conseguirlo no pudo
sino en una parte escasa
ante el valor y pericia
de las galeras cristianas.
Maniobra muy semejante
contra el de Doria intentaba
Uluc-Alí el argelino
hacer en la izquierda ala,
mas Doria estendió su línea
para impedir que pasaran.
Uluc observando en tanto
que estaban muy separadas
en su frente las galeras,
casi todas venecianas,
aprovechó este descuido
para de cerca atacarlas.
Valientes sus defensores
hasta la audacia rayaban
oponiendo con sus pechos
inquebrantable muralla,
dique fuerte que no rompen
las saetas ni las balas.
Sola se encontraba entonces
la galera capitana
que llevaron á Lepanto
los caballeros de Malta.
Audaces se defendian
contra las turcas galeazas
que en número mas crecido
por aquel lado atacaban,
y en su valor indomable,
en el pecho la cruz santa
no consintieron rendirse
á las enemigas armas.
Redoblaron el ataque

los turcos con fuerte rabia
rodeando por ambos lados
el fuerte bajel de Malta,
mas éste incansable siempre
por todas partes lanzaba
cual un foco de granizo
de sus mosquetes las balas.
«Al abordaje,» los turcos
con furia feroz gritaban
asediando la galera
numerosísimas lanchas.
Los escasos defensores
que dentro de ella quedaban,
antes que verse vencidos
por las tropas mahometanas
se agruparon en el puente
con incomparable audacia
aguardando el abordaje
para pelear cara á cara.
Cual el numeroso rastro
de las hormigas que asaltan
de rico trigo un granero
tal hácia el bajel se lanzan
los turcos; por todas partes
cubriendo al bajel las bandas
en número tan crecido
que casi centuplicaban
el número ya pequeño
de los guerreros de Malta,
que audaces en heroismo
con la fuerza que les daba
su valor nunca amenguado
en su indómita pujanza,
emprendieron con los turcos
una lucha encarnizada
hasta que murieron todos
menos tres, que se salvaran
confundidos con los muertos
y mal heridos estaban.
Mientras todas estas cosas
sucedian en las alas,
en el centro con empeño
unos á otros se buscaban
con grande estruendo chocando
las galeras capitanas.
Alí-Bajá con sus fuertes
tropas esperimentadas
comenzó un nutrido fuego,
lluvia de flechas y balas
al que con ardor creciente
contestó D. Juan de Austria
con las tropas españolas
que en su galera llevaba,
que heróicas cual siempre fueron
y de gloria inmortal ávidas,
contra los turcos genízaros,
los guerreros de mas fama
que entonces se conocian
por todas aquellas aguas,
emprendieron una lucha
descomunal y titánica.
Por todas partes el fuego
con furor se redoblaba,
vomitaban los cañones
la destructora metralla
y relumbraban en torno
estremecidas las aguas.
Las nubes que el humo hacia,
lentamente se elevaban
en espiras caprichosas,
ora negras ora blancas,
ocultando á los bajeles
á medida que engrosaban
todo lo que sucedia
á no muy larga distancia.
La sangre en vapores rojos
por las galeras rodaba
y de la mar se tiñeron
despareciendo sus aguas.
Todo confusion y muerte
era allí; sus negras alas
tendió sobre las galeras
la fea y horrible parca.
Cuadro triste, sí, muy triste
los bajeles presentaban;
cuadro de terror y espanto
que de luto llena el alma.
No hay pintores, no hay poetas
que esta sangrienta batalla
con sus colores mas vivos
puedan siquier sea pálida
retratar, siempre sus copias
débiles serán y lánguidas,
que aquella lucha terrible,
tan cruda y tan sanguinaria
no la describe la pluma,
ningun pincel la retrata.
Las tropas que Barbarigo

contra Siroko mandaba
se batian con denuedo
haciendo heróicas hazañas.
Barbarigo, de una flecha
que le destrozó la cara
y le hizo saltar un ojo
fué herido, mas no fué causa
de que sus valientes tropas
su ardor bélico amenguaran.
Un valiente capuchino
atando en una alabarda
su cruz, fué á ocupar el puesto
que Barbarigo dejara.
Entusiasmadas las tropas
al mirar la enseña santa
redoblaron el ataque,
mientras las tropas contrarias
iban con mucha cautela
tomando la retirada.
Notáronlo los cristianos,
y aumentando la pujanza
de su valeroso ataque
en contra la capitana
de Egipto, de él no cejaron
hasta conseguir tomarla.
Mahomed-Siroko fué muerto
á los golpes de la espada
de Cortarini, y en tanto
que á Barbarigo anunciaban
la noticia, satisfecho
la oyó mientras espiraba.

IV.

En el centro con empeño
indecisa la batalla
seguia aun: por dos veces
el abordaje intentaran
los valientes españoles
al grito de Dios y Patria.
Un hombre, no, un elemento,
con indómita pujanza
corria por todas partes
entre las tropas cristianas
moviendo cual torbellino
su nunca rendida espada;
desparecia entre el humo
del cañon, entre las llamas;
aparecia de nuevo
dominando su mirada
los bajeles enemigos
con la fiereza del águila.
Corria de un lado á otro
mas con lijereza tanta,
que era el movimiento mismo
pero con formas humanas;
tan pronto estaba en la popa
sobre la parte mas alta
como en la proa ó el puente
ó asomado por las bandas.
Era el fulgor de la guerra
el genio de la batalla,
era el general invicto,
era en fin D. Juan de Austria.
Con infatigables brios
á pesar de su avanzada
edad Sebastian Veniero
á su lado peleaba.
Y Requesens y Colonna
con el príncipe de Parma,
y Figueroa el valiente,
Carrillo, Urbino y Zapata.
No menos digno de gloria
tambien fué en esta batalla
un soldado que rendido
por una fiebre en la cama
abandonando su lecho
pidió que le colocaran
en un sitio peligroso
por defender la cruz santa.
Este soldado valiente
que tanto ardor demostraba,
fué herido en la mano izquierda
y el pecho; y estas palabras
dijo entonces: «Las heridas
«recibidas en batalla
«á nuestro Dios defendiendo,
«son estrellas que nos marcan
«el camino de la gloria,
«el templo do está la fama.»
¿No conoceis al soldado
que de esta manera hablaba?
Pues era el inmortal genio
de la lengua castellana:
era Cervantes el héroe
de la España literaria,
que si lauro alcanzó entonces
mayor lauro le aguardaba
con su Quijote, modelo
de nuestra querida habla.

Tambien justo es que nombremos
tributando elogio en aras
de la pericia, á D. Alvaro
de Bazan, que con su escuadra
de socorro, siempre á tiempo
á todas partes llegaba.
¿Mas para qué ir relatando
las inauditas hazañas
de capitanes y tropas,
si estas fueron tantas, tantas,
que en cien romances como este
no se vieran acabadas?
Baste con decir que todos,
desde el mismo D. Juan de Austria
hasta el último remero
cumplieron cual se esperaba,
que todos fueron heróicos
todos por la liga santa.

*
* *

Continuaba en el centro
con ardor aun la batalla.
Por tercera vez el toque
de ataque en la capitana
resuena, y los españoles
al abordaje se lanzan.
Opónenles los Genízaros
otra vez fuerte muralla
lanzando con mucho tino
sus flechas envenenadas;
pero los arcabuceros
que llevaba D. Juan de Austria,
ante tan nutrido fuego
nunca cobardes desmayan
contestando con espesa
lluvia de certeras balas.
Aproximábanse heróicos
cuando allá en la capitana
de los turcos se vé un hombre
caer inerte de espaldas,
y al momento se oyen gritos
y una confusion estraña
y al mismo tiempo las tropas
españolas se abalanzan
abordando la galera
al grito de «¡viva España!»
¿Mas qué confusion impera
en las tropas musulmanas?
¿Por qué todos gritan y huyen
ó arrojan al mar sus armas?
¡Ah! mirad, mirad, el hombre
que antes cadáver quedara
es Alí-Bajá, los turcos
han perdido la jornada.
Mirad el asta bandera,
ya la enseña sacrosanta
de la liga en ella flota.
La media luna de plata
se ha amainado; la victoria
es de las tropas cristianas.
«¡Victoria!» todos repiten,
«demos á la Vírgen gracias
«¡sí, porque hoy la del Remedio
«nos dió su proteccion santa!»
Aun Uluc-Alí ignorando
la ya victoria alcanzada
sostenia su combate
con las tropas venecianas
de Doria; que socorridas
por Bazan, pronto rescatan
del capitan argelino
la capitana de Malta.
Y luego al ver la bandera
de los cristianos izada
en sus bajeles, con todos
los que pudo, en retirada
se pronunció y en su fuga
del cabo en la playa baja
muchas galeras que huian
se quedaron encalladas.
Temerosos los cristianos
y con razon no infundada
de una tempestad que entonces
se cernia en lontananza,
apresaron las galeras
que los turcos entregaran
libertando á los esclavos
cristianos que allí remaban:
las galeras inservibles
entregaron á las llamas
apresurados marchándose
hácia el puerto de Petala,
que la tempestad de prisa
con ronco mugir llegaba.

V.

Pueblo español, ya escuchaste
que cual mi lábio lo canta,
siempre por tu fé venciste,
que siempre victoria alcanza

quien al cielo humilde implora
cuando desnuda la espada,
que por la razon esgrime,
que sin honor nunca envaina.
Pueblo español, satisfecho
puedes estar de tu patria,
á que alfombran los laureles
de esta y otras mil batallas,
que el mundo entero llenaron
de tu gloria y de tu fama,
de tu valor indomable,
de tu hidalguía estremada.

Pero, tú, pueblo querido,
si esta trova te entusiasma
no dejes por su influencia
de amar la paz dulce y santa,
madre de todo progreso,
lazo de flores que halaga,
y que á Dios nos aproxima
y hasta el cielo nos levanta.
Así, pues, mientras tus glorias
este humilde poeta ensalza,
tú pide siempre á la Vírgen
paz conceda á nuestra España.

RAFAEL APARICI Y PUIG.



Valencia: Imp. de J. M. Ayoldi.